

22 de mayo de 1866

Nace, en esta fecha, Aquileo J. Echeverría, el Poeta de Costa Rica, como lo llamara Rubén Darío quien decía... "Costa Rica tiene un pequeño pueblo de agricultores; y Costa Rica tiene un Poeta. Tiene, es verdad, otros poetas pero SU poeta, el poeta nacional, el poeta familiar se llama Aquileo J. Echeverría..." La biografía de Aquileo la sintetizó Darío de la siguiente manera: "Después de errar en varias repúblicas centroamericanas, retornó a su país y se casó, y, como en los cuentos, tuvo muchos hijos. Su carácter, siempre jovial, siempre alegre, se opuso a los persistentes golpes de la mala suerte. Sus dones intelectuales se fueron aquilando con los años, pero el hada Carabosse que, como es costumbre, había aparecido ante su cuna en los instantes en que otras hadas le dotaban con muchas cosas buenas, le hizo el poco grato obsequio de la mala salud. Y de ahí por qué, cuando escribo estas líneas, se encuentra el Poeta de Costa Rica en un sanatorio de Barcelona. Ha venido a Europa, por una disposición especial del Congreso de su país, en la cual, como sucede siempre en esos casos, se hace saber oficialmente y sin eufemismos, que es poeta y que es pobre. Desde su lecho de enfermo, prepara en la Ciudad Condal una nueva edición de sus versos el sentimental e ingenioso autor de Concherías".

MI MUSA:

Mi musa es joven y ardiente,
morena; de erguido seno,
boca sensual y más roja
que las bayas del cafeto;
blanca y firme dentadura,
que es albo nido de besos;
ojos grandes y expresivos,
dulces, brillantes, serenos.

Una espalda tentadora,
mórbida como su cuello,
unos brazos que, si abrazan,
es difícil salir de ellos.

Corre por su cuerpo criollo
la roja sangre del pueblo,
fresas fingiendo, en su boca,
rosas, en su cutis terso,
y en la gloria de sus ojos
cálido fulgor de incendio.

Canta a mi patria adorada,
canta a mi ubérrimo suelo,
a mis floridos rosales,
a mis frondosos cafetos;
al mozo fuerte y honrado,
alegre, noble, sincero;
a la moza de alma blanda
y de durísimo seno,
a nuestras altas montañas,
a nuestros valles risueños,
a nuestra tierra fecunda,
a nuestro límpido cielo.

Que no brinda en copa de oro
sino en los cálices frescos
que le ofrecen los claveles,
ya de nieve, ya de fuego,
que embalsaman, con su aroma,
mi apacible y caro huerto.